

DESDE MIS REYES MAGOS

POR JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

—¿Quiénes son ustedes y qué pueden buscar aquí? Efectivamente, estoy en esta prisión, aunque de paso, mi salud es mala y soy demasiado viejo para aguantar más. Mi cuerpo será lanzado en brazos del abismo. Ni la misma tierra podrá retenerme en sus entrañas; no lo permitirán estos miserables. ¡Oh, santa y purísima tierra! Mi sepultura será esa furiosa mezcla de agua y peñascos. ¿Lo ven ustedes? ¡Miren, miren allá abajo; su deseo se precipita en mi piel, pero el género humano parece estar preparado para todo; todo es nada para un puñado de carne relajada, abriéndose poco a poco dentro de su propio tormento!

—Señor, somos de España.

—¡Españoles, ustedes españoles!

—Sí, señor. Yo me llamo Andrés, y esta es Clara, mi hermana. Venimos a traer estas flores a un lugar cualquiera de aquí. Ya vemos que el cementerio es...

—¡El mar! Y hace treinta y cinco años que lo posee. Recuerdo esa historia como si yo mismo la hubiese vivido. Se la oí contar varias veces en unas horas. Estuve en una celda frente a su padre. Diez años después de su ejecución, me sacaron de allí y me emplearon en este trabajo que están ustedes viendo. Hoy no me exigen tanto porque el castigo ya no lo siente mi cuerpo y les resulta inútil y molesto.

—Y bien, señor, ¿cómo fué nuestro padre? Díganos, por favor.

Sergio Luis, comenzó su vida con grandes ambiciones.

No, no llueve hoy. Ni nieva. Es la mañana clara, diáfana, como la mirada de los niños que juegan con los caprichos de los Magos. La muñeca que habla y el cañón que dispara pro-

yectiles de verdad, junto a la humilde muñequita de cartón, con ojos estrábicos o saltones, y el minúsculo fusillito de plomo, mal construido, sienten la caricia de manos tan infantiles como diferentes.

El cigarral, frente a Toledo. Desde el cenador se observa a la ciudad como si brillara más que nunca, bajo unos rayos templados de este sol de Enero. Mientras, un hermoso niño rubio, sentado en el pretil, con los codos tristemente apoyados sobre las rodillas, ve correr las aguas del río, y, en su fondo, unos juguetes que la caravana de los Reyes Magos volcaron con precipita-



ción porque amanecía. Eran caros y bonitos, y él no podía poseerlos. Sus siete años temblaban de odio y desesperación.

La próxima vez morirán los «Reyes» y todo su rico cargamento será para mí —amenazaba en silencio—.

Campanas y cornetas. Es la Pascua Militar y se celebra con la más pura solemnidad. El cigarralero parece discutir con su esposa, al mismo tiempo que se prepara para dar una vuelta por la finca.

—No puede ser —grita la madre, entre enfurecida y triste, por el estado de contrariedad de su hijo—. Debe-

ríamos darle una paliza. Mira que después de lo que nos ha hecho gastar... ¡Y con lo caras que están las cosas!...

—¡Bueno, Paula, dejémonos de más disgustos, y el año que viene Dios dirá. Los muchachos siempre son cabezones, testarudos hasta después de los golpes, y, o los dejás, o los matas. Además, el señorito Pedro vendrá el mes que viene y le traerá las cosas que ya no quieran sus hijos. ¡Vamos, llámale y que almuerce algo!

Desde aquel día en que las fiestas de la Navidad del Señor traen la felicidad a todos los hogares, yo me sentí condenar a muerte por una ambición desesperada.

¡Qué estampa más delicada contemplan hoy mis ojos arruinados! Allí, dentro de su recinto amurallado por los árabes, hierve de gótico Toledo. Levanta su perfil majestuoso, imponiéndose a las nubes y al azul triunfante del firmamento. Es obsesionante y bello el panorama que brinda al visitante desde sus afueras, aunque en sus entrañas vivan viejas callejas y rincones llenos de misterio y de leyenda. Diablo, Infierno, Muertos, Clavo y otros de no menos misteriosas y hasta repugnantes denominaciones. Es como si ocultas heridas cancerosas existieran debajo de los vestidos de Venus, igual que lugares perversos en la elegante figura de Dorian Grey, pero son como latidos que mueven la curiosidad humana. En una de ellas nació.

No puedo ocultarme a la grandeza de la voz que escuché un día, una voz joven que aconsejaba a un anciano que parecía dispuesto al suicidio: «Es cierto que tu comportamiento ejemplar es digno de alabanza y merece una buena recompensa, pero no debes to-